



Azorin

Don Quijote

Don Quijote vuelve al pueblo. Y como retorna vencedor, lanza un pregón en la plaza, rodeado de chicos y bañaneros, y se encamina a su casa. El ama y la sobrina le reciben amorosamente; se sienta don Quijote, armado de todas armas, puesta la celada, y le contemplan un instante en silencio las dos mujeres. Comienzan a quitarle las armas. Entonces, cuando el semblante del caballero se muestra, sucede una cosa extraordinaria: el ama y la sobrina quedan sorprendidas; no saben si don Quijote es el mismo o es otro; su figura, sus acciones, el tono de la voz son casi los mismos; pero hay un cierto cambio en el caballero que las desconcierta. Estando en estas perplejidades, llegan los amigos de la casa: el cura, el barbero, Sansón Carrasco. Dan todos alborozadamente la bienvenida a don Quijote; mas todos, al igual que ama y sobrina, quedan suspensos. No saben qué pensar; a las voces precipitadas y joviales de antes ha sucedido un silencio sospechoso.

En la sala de la casa se hallan todos sentados ante don Quijote; el caballero habla, gesticula y acciona con perfecta naturalidad; se encuentra en su propia casa, al cabo de grandes trabajos, y goza del placer de descansar. Sancho Panza continúa en su ínsula gobernando diestramente.

-¡Si viera usted, señor cura, cuánto he luchado por esos caminos! -exclama don Quijote dirigiéndose al sacerdote-. Y vosotros, queridos amigos, Nicolás y Sansón, creedlo también. He luchado mucho, sí; pero también he llevado a cabo grandes conquistas.

-¡Ya lo creo! -dice con cierta sorna bondadosa el cura.

-¡Ah, muy famosas conquistas! -comenta Nicolás, el barbero.

-¡Las conquistas más grandes del mundo! -corroboraba, a su vez, Sansón Carrasco.

La conversación prosigue con aire equívoco. Hay chanza en las palabras y duda en los ánimos; el ambiente que se ha formado en la tertulia es un poco raro. De pronto, al sacar don Quijote un pañuelo, cae a tierra un pesado cucurucho de papel, y al estrellarse se esparcen por el pavimento, fúlgidas, brillantes, magníficas monedas de oro. Don Quijote

permanece impasible: recogen apresuradamente las monedas en una cajita y se la entregan al caballero; éste pone gravemente y en silencio tan precioso don en manos del ama. El tono de la conversación cambia, naturalmente. Algo hay ahora en la atmósfera moral que no había antes: las palabras son de respeto; lo que no se ha disipado es cierta incertidumbre, en cuanto a la personalidad de don Quijote, que existe en todos.

-Señor cura -dice Sansón Carrasco, cuando van todos de regreso a sus casas-: señor cura, ¿es que usted cree que este don Quijote es el de antes?

-Hombre, te diré -responde el eclesiástico-; para mí este caballero, por respetable que sea, no es nuestro convecino.

-¿Y por qué no ha de serlo? -interviene impetuosamente Nicolás, el barbero-. ¿No han visto ustedes que todo en su figura es igual?

-¡Tanto como igual, no! -exclama Sansón.

-Estás en lo cierto, Sansón -añade el cura-. No es enteramente parejo este personaje al otro.

-¡Naturalmente que no lo es! -afirma con energía Nicolás, el barbero-. ¿Cómo ha de ser lo mismo con la vida, con los trabajos, con los sufrimientos que don Quijote ha llevado por los caminos, de venta en venta, y de aventura en aventura? ¡Lo que le ha pasado a don Quijote en su talante le pasaría a cualquiera de nosotros!

Fueron transcurriendo los días; por el pueblo se esparció la misma incertidumbre que se produjera, desde el primer momento, en los allegados del caballero. Se discutió mucho y apasionadamente el caso en todas partes: en la plaza, a la hora en que los braceros esperan trabajo, en el horno, entre las comadres, en la solana, entre los viejos, en el tajo entre los labrantes. Afirmaban unos y negaban otros. El mayor partido era el de la hostilidad; sin que pudiera remediarlo nadie, cuando don Quijote salía a la calle, en los primeros días, no faltaban arrapiezos que le asestaran pedradas. Y paulatinamente, como por arte de encantamiento -cosas de la vida-, fue cambiando la escena: a la odiosidad sucedió la simpatía. Sería o no sería este caballero el propio don Quijote -eso ya no importaba-; pero lo cierto era que tal generosidad, tal largueza, tal desprendimiento no se habían visto nunca en el pueblo: Y ahora, apenas ponía en la calle los pies don Quijote, la gente del pueblo le aclamaba.

-Sí, ya lo decía yo -confesaba el señor cura-; don Quijote es un hombre admirable.

-Verdaderamente admirable -corroboraba Sansón Carrasco.

-¡Un hombre como no ha habido nunca ninguno! -apoyaba Nicolás, el barbero.

Don Quijote tornó a sus aventuras. Dos días después, en su palacio de Pedrola, el duque y la duquesa recibieron a solas al emisario enviado al pueblo de don Quijote. Dicho emisario comenzó así el relato de su misión:

-Créanme sus excelencias, la cosa ha sido divertidísima. Todo se ha hecho como sus excelencias ordenaron. La hacienda de don Quijote ha sido desempeñada y se han pagado todas las deudas; a Sancho se le han comprado unas feraces tierras de pan llevar; al cura se le ha hecho un cuantioso donativo para que repare su iglesia, que se estaba desmoronando; se han hecho valiosos regalos a los íntimos de don Quijote y se ha fundado en el pueblo un cotarro o albergue para los transeúntes o los vecinos enfermos y pobres...

Azorín

ABC, 17 de mayo de 1942

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

